

REVELACIÓN TRINITARIA Y MISIÓN DE LA IGLESIA

ANTONIO ARANDA

1. *Una trilogía trinitaria*

El domingo 18 de mayo de 1986, al anunciar la próxima publicación de la Encíclica *Dominum et vivificantem*, señalaba Juan Pablo II:

«Constituye una trilogía con la Encíclicas *Dives in misericordia* y *Redemptor hominis*, dedicadas al Padre y al Hijo. Se trata, por tanto de una trilogía trinitaria»¹.

Tanto la expresión utilizada (*trilogía trinitaria*), como el hecho mismo de la publicación de tres Encíclicas íntimamente relacionadas por su contenido en tan corto período de tiempo y en los años iniciales de su Pontificado², denotan una intencionalidad profunda que constituye un motivo de reflexión: se trata de tres documentos sucesivos, coordinados, dedicados a exponer contenidos centrales del misterio trinitario, mostrando la conexión entre los aspectos ontológicos y económicos presentes en la revelación del misterio de Dios, y centrados en cada una de las Personas divinas. El hecho es nuevo en la doctrina magisterial.

1. *Alocución* del 18 de mayo de 1986, en la Plaza de San Pedro.

2. Entre la publicación de *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979) y la de *Dives in misericordia* (30 de noviembre de 1980) transcurrieron veinte meses. Cinco años y medio después de esta última era publicada *Dominum et vivificantem* (18 de mayo de 1986).

Que las Encíclicas, como señala el Papa en el texto citado, constituyan una *trilogía* pone de manifiesto la unidad de intención y de perspectiva con que han sido pensadas y que las caracteriza. Puede afirmarse que son tres momentos dentro de un mismo proceso de desarrollo doctrinal, tres ámbitos de reflexión sobre *un mismo todo* continuo que es la Vida trinitaria contemplada en sí y en su gratuita donación a los hombres. Cada uno de esos momentos hace presente la distinción que —salva la Unidad divina y de acuerdo con la Revelación— corresponde a la donación de cada una de las Personas en la realización histórica del eterno designio de salvación.

La profunda consideración de dicho designio a la luz de la doctrina de fe unifica en una sola dirección las perspectivas de las tres Encíclicas: su objeto es tanto Dios como el hombre, tanto las Personas divinas como la persona humana creada y elevada para gozar de la comunión trinitaria. Y así, al tiempo de ofrecer una altísima enseñanza sobre Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, con múltiples sugerencias para la teología, se hace también vehículo la *trilogía* de una renovada presentación —no menos sugerente— de los contenidos esenciales de la doctrina antropológica cristiana.

2. *El contexto magisterial de la trilogía*

Al tiempo de publicar la Encíclica *Redemptor hominis*, primera de su Pontificado, señalaba Juan Pablo II:

«Hacia Cristo Señor, que es el Redentor del hombre, *Redemptor hominis*, deseo que se dirija la mirada de la Iglesia y del mundo en mi primera Encíclica (...). He tratado de expresar en ella lo que ha animado y anima continuamente mis pensamientos y mi corazón desde el comienzo del pontificado que, por inescrutable designio de la Providencia, tuve que asumir el 16 de octubre del año pasado. La Encíclica contiene los pensamientos que entonces, al comienzo de este nuevo camino, apremiaban con fuerza especial mi alma, y que sin duda, ya anteriormente venían madurando en mí, durante los años de mi servicio sacerdotal y después del episcopal. Creo que, si Cristo me ha llamado así, con tales pensamientos...

con tales sentimientos, es porque ha querido que estas llamadas de la mente y del corazón, estas expresiones de fe, esperanza y caridad, encontrasen resonancia en mi nuevo ministerio universal, desde su comienzo. Por lo tanto, como veo y siento la relación entre el misterio de la redención en Cristo Jesús y la dignidad del hombre, así querría unir mucho la misión de la Iglesia con el servicio al hombre, en éste su impenetrable misterio. Veo en esto la tarea central de mi nuevo servicio eclesial»³.

Misterio de Cristo, dignidad del hombre, misión de la Iglesia. Las palabras que acabamos de leer en ese texto son muy significativas para esclarecer las intenciones de fondo que animaban al Papa al escribir su primer documento magisterial —el que siempre es considerado como programático—, y a la vez para subrayar la que ha sido desde entonces línea principal de su ministerio doctrinal y pastoral. Ha girado hasta ahora invariablemente alrededor de las infinitas riquezas contenidas en el misterio de la Redención, en el que la misericordia divina ha querido que se establezca el encuentro definitivo entre Dios y la criatura humana. Cristo, Hijo de Dios y Redentor del género humano, ha seguido siendo desde aquella primera Encíclica —a través de las innumerables facetas de su misterio, en el que se revela plenamente la verdad sobre Dios y sobre el hombre— el punto de mira determinante de la vasta actividad docente desplegada por Juan Pablo II.

Una sencilla ojeada a los principales hitos de su magisterio es suficiente para comprobar la validez de esa afirmación. Basta considerar, además de las tres Encíclicas que estamos estudiando y en las que insistiremos, la línea inspiradora de tantos otros documentos que han visto la luz entre 1979 y 1986, como por ejemplo:

* *Discurso* de apertura de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, 28.I.1979⁴.

3. *Alocución* a los fieles reunidos en la Plaza de San Pedro, 11 de marzo de 1979.

4. En el que desarrolla por vez primera la relación entre la verdad sobre Cristo, sobre la misión de la Iglesia y sobre el hombre, en cuyo anuncio consiste la auténtica evangelización. Esta depende, por tanto, de la existencia de una sólida cristología, de una eclesiología bien cimentada y de una antropología plena. A la

- * *Catequesis* sobre el matrimonio, a partir de 5.IX.1979⁵
- * *Homilía al Pueblo de Dios* en Limerick (Irlanda), 1.X.1979⁶.
- * *Discurso* a la XXXIV Asamblea General de la ONU, 2.X.1979⁷.
- * Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, 16.X.1979⁸.
- * *Discurso* en la sede de la UNESCO, París, 2.VI.1980⁹.
- * Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22.XI.1981¹⁰.
- * Encíclica *Laborem exercens*, 14.IX.1981¹¹.
- * Exhortación apostólica *Reconciliatio et poenitentia*, 2.XII.1984¹². Etc.

luz de la verdad sobre Cristo y sobre el hombre redimido, los Obispos son urgidos por el Pontífice a ser signos y constructores de la unidad, y defensores, a la par que promotores, de la dignidad de la persona humana.

5. En ella desarrolla el Papa una profunda enseñanza, llena de acentos nuevos, sobre dicho sacramento, fundada en la consideración de la dignidad del hombre en cuanto imagen de Dios: imagen creatural plenificada sobrenaturalmente por la gracia del Redentor.

6. Sobre la dignidad de la familia, conforme a la dignidad de la persona, elevada por Cristo a la condición de hijo de Dios.

7. Sobre la dignidad del hombre, hijo de Dios; la dimensión religiosa de los problemas humanos; la primacía de los valores espirituales; los derechos de la persona humana; la libertad religiosa; etc.

8. Sobre la catequesis en nuestro tiempo, que consiste en «llevar al mundo el misterio de Cristo».

9. Siempre a la luz de la plena verdad sobre el hombre, revelada en Cristo, se extiende el Papa sobre los derechos de la persona, su dignidad, los males del materialismo, la cultura, la educación, la familia, la libertad religiosa, etc.

10. Sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual.

11. Constituye esta Encíclica una importante aportación doctrinal al tema del valor redentor y santificador del trabajo humano, fundado en la Encarnación del Verbo y en la consecuente ascensión por Dios de todas las realidades humanas. La concepción del hombre como imagen de Dios, fundamento de la doctrina antropológica cristiana, es el substrato teológico de la doctrina desarrollada por el Papa en esta Encíclica, emparentada profundamente con la *trilogía*.

12. Dedicada, como es bien sabido, al pecado del hombre y a la reconciliación ofrecida por Dios en Cristo, es decir, con otras palabras, al misterio de la redención y sus frutos. El mismo tema se desarrolla en la Bula *Aperite portas re-*

En todos ellos, anteriores a *Dominum et vivificantem*, y señalados sin ánimo exhaustivo, está presente aunque de manera diferente la misma intención de enfocar la doctrina sobre Dios y sobre el hombre con la luz que se desprende del misterio redentor, verdadera música de fondo de todo el magisterio doctrinal de Juan Pablo II. En un importante discurso a los Cardenales y a la Curia, con fecha de 23.XII.1982, expresaba su pensamiento de la siguiente manera:

«Toda la riqueza del misterio cristiano, toda la urgencia del anuncio evangélico se encierra en esta palabra: la Redención. El acontecimiento de la Redención es central en la historia de la salvación. Todo se compendia aquí: *Cristo ha venido a salvarnos*. El es el Redentor del hombre, *Redemptor hominis*. Para el hombre que busca la verdad, la justicia, la felicidad, la belleza, la bondad, sin poder encontrarlas con sus solas fuerzas (...) —para el hombre que lleva grabada dentro de sí, en la mente y en el corazón, la imagen de Dios y siente esa sed de absoluto— *la única respuesta es Cristo* (...).

La Redención compendia el entero misterio de Cristo, y constituye el misterio fundamental de la fe cristiana, el misterio de un Dios que es Amor, y se ha revelado como Amor en la donación de su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados.

La Redención es revelación de amor y obra de amor (...). No sólo revela Dios al hombre, sino el hombre a sí mismo. Es elemento constitutivo de la historia humana, porque no se es hombre en plenitud si no se vive en la Redención, que hace descubrir al hombre las raíces profundas de su persona, herida por el pecado y por sus lacerantes contradicciones, pero salvada por Dios en Cristo»¹³.

demptori, 6.I.1983, porque se convocó el Año Santo extraordinario en el 1950° aniversario de la redención, en la que escribía el Papa unas palabras que, en cierto modo, condensan lo que, en los documentos que se vienen citando, es desarrollado desde distintas perspectivas: «*Tota Ecclesiae vita in Redemptionem velut immergitur, spirat Redemptionem*» (n. 3).

13. n. 4.

La *trilogía* de Encíclicas trinitarias se sitúa teológicamente dentro de este contexto, en el que el misterio de Dios y el misterio del hombre son contemplados a la par y penetrados racionalmente a la luz de la misericordiosa acción redentora. La Redención es así concebida —de acuerdo con la Revelación, que en el misterio de donación del Hijo alcanza su plenitud— como el marco fundamental en el que se inscribe la automanifestación divina y, por tanto, como el substrato de toda reflexión teológica sobre Dios y sobre el hombre. El estudio sobre Dios, en su ser y en su obrar, es inseparable de lo que El mismo ha querido mostrarnos en la donación del Hijo, es decir, en la asunción redentora de la vida humana hasta la muerte; y, por ello, es también inseparable de un pensamiento filosófico plenamente coherente con la antropología cristiana¹⁴.

De acuerdo con esto, la orientación teológica de la *trilogía* consiste principalmente en volver la vista hacia el misterio de Dios para contemplar en su raíz más profunda el misterio del hombre. Junto con ofrecer unas bases de pensamiento, plantean también las tres Encíclicas la necesidad de alcanzar una comprensión renovada de la doctrina sobre Dios —unas líneas de reflexión, un pensamien-

14. En el *Discurso* dirigido a los teólogos en Salamanca (1.XI.1982) durante su viaje pastoral a España, señalaba Juan Pablo II: «La situación de la cultura actual, dominada por los métodos y las formas de pensar propios de las ciencias naturales, y fuertemente influenciada por las corrientes filosóficas que proclaman la validez exclusiva del principio de verificación empírica, tiende a dejar en silencio la dimensión trascendente del hombre, y por eso, lógicamente, a omitir o negar la cuestión de Dios y de la revelación cristiana.- Ante esta situación, la teología está llamada a concentrar su reflexión en los que son sus temas radicales y decisivos: *el misterio de Dios*, del Dios trinitario que, en Jesucristo, se ha revelado como el Dios-Amor; *el misterio de Cristo*, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana; *el misterio de hombre*, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable sobre el sentido último de su vida. Es la teología misma la que impone la cuestión del hombre para poder comprenderlo como destinatario de la gracia y de la revelación de Cristo. Si la teología ha necesitado siempre el auxilio de la filosofía, hoy día esta filosofía tendrá que ser antropológica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre de ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico, es decir, como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la existencia humana» (n. 3).

to teológico que debe ser desarrollado— que desemboque de manera lógica en una presentación también nueva de la doctrina antropológica cristiana. En ambas se ha de fundamentar —como, por otra parte, es ya un hecho evidente en el pontificado de Juan Pablo II— la actividad evangelizadora de la Iglesia en los años venideros.

Estos acentos teológicos, dirigidos a promover una renovación de la doctrina sobre Dios y sobre el hombre —seguida por una acción pastoral también renovada— estaban ya presentes en el ánimo y en los escritos del Cardenal Wojtyla cuando fue llamado a la Sede de Pedro. Cuando accedió a ella, conforme hemos leído en un texto ya transcrito¹⁵, ocupaba su mente y su corazón un pensamiento que había ido madurando durante su servicio sacerdotal y episcopal en los años anteriores: un modo de «ver y sentir» «la relación entre el misterio de la Redención en Cristo Jesús y la dignidad del hombre», que posteriormente ha convertido en punto central de su magisterio. La parte más significativa, a este respecto, de sus escritos es la que fue publicada bajo el título de : «*La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*»¹⁶, que es un enunciado de los grandes temas conciliares, una primera aproximación teológica a sus contenidos y una reflexión sobre el espíritu que animaba a la asamblea conciliar.

Los capítulos II y III de dicha obra, titulados respectivamente «*Revelación de la Santísima Trinidad y conciencia de salvación*» y «*Jesucristo y la conciencia de la redención*», muestran, en efecto una profunda sintonía con el contenido de nuestras Encíclicas¹⁷.

«El Concilio (...) —señala en esa obra el Cardenal Wojtyla— ha unido explícitamente la imagen de la vida íntima de Dios, transmitida por la revelación, y la conciencia de salvación por parte del

15. Cfr. *Alocución* del 11.III.1979 en la Plaza de San Pedro, citada en la nota (3) de este escrito.

16. Edición española en BAC, Madrid 1982; edición polaca Cracovia 1972.

17. Retomamos aquí algunas ideas que hemos desarrollado en *El hombre en el misterio de Dios*, en «Portare Cristo all'uomo», Roma 1985, 491-502.

hombre, consistente en la participación en esa vida¹⁸ (...). La revelación de Sí mismo y la voluntad de salvar al hombre forman (...) un acto único por parte de Dios, al cual por parte del hombre, por parte de la familia humana en la Iglesia, corresponde el conocimiento de Dios en el misterio de su esencia interior y, juntamente, la conciencia de salvación»¹⁹.

Dios se ha revelado no sólo para que el hombre le conozca como Trino y Uno, sino para que llegue a participar de su Vida, pues la Revelación tiene como finalidad la salvación del hombre, que consiste en una particular comunión con Dios. La comprensión de que Dios es Salvador, de que el Dios creador es también un Dios que salva, permite a la razón creyente penetrar hasta el fondo de su realidad trascendente, y constituye «la cumbre de la conciencia de la Iglesia»²⁰ acerca de Dios.

En otras palabras —continuamos resumiendo las ideas del Autor— el misterio trinitario se le plantea a la Iglesia no sólo como la completa y suprema verdad que debe profesar acerca de Dios en Sí mismo, sino también como la verdad sobre la salvación a la que Dios llama e invita al hombre: es verdad sobre Dios Padre que engendra eternamente al Hijo y que, junto con el Hijo, da origen

18. Ilustra el Autor esa idea con la doctrina conciliar según la cual Dios, en la revelación, se manifiesta a Sí mismo y muestra sus planes de salvación. Como se lee en *Dei Verbum*: «*Placuit Deo in sua bonitate et sapientia seipsum revelare et notum facere sacramentum voluntatis suae, quo homines per Christum. Verbum carnem factum, in Spiritu Sancto accessum habent ad Patrem et divinae naturae consortes efficiuntur (...). Intima autem per hanc revelationem tam de Deo quam de hominis salute veritas nobis in Christo illucescit, qui mediator simul et plenitudo totius revelationis existit*» (n. 2). Palabras que son acompañadas, en el n. 6, por estas otras: «*Divina revelatione Deus seipsum atque aeterna voluntatis suae decreta circa hominum salutem manifestare ac communicare voluit*».

19. Cap. II, pp. 43-44.

20. «La conciencia de la Iglesia está vinculada estrechísimamente a la conciencia de salvación. La Iglesia profesa la verdad de un Dios que salva, y esta verdad completa la verdad de un Dios que crea. La conciencia de la salvación parece como 'superestructurarse' sobre la conciencia de la creación y, al mismo tiempo, penetra en ella hasta el fondo y en una respuesta adecuada a la *revelación del misterio de la Santísima Trinidad*. Esta verdad de la fe que permite al hombre penetrar hasta el fondo en la realidad trascendente del ser divino, constituye, en cierto sentido, la cumbre de la conciencia de la Iglesia» (*Ibidem*, p. 44).

al Espíritu Santo, y es también verdad sobre el Padre que, por la Encarnación del Hijo y el Don del Espíritu Santo, realiza en la historia nuestra salvación²¹.

Conforme a esto, una vía de enriquecimiento en la fe y de desarrollo teológico es aquélla que, manifestada en las misiones divinas, pone en conexión la realidad de Dios con la realidad del hombre llamado a participar de la Vida trinitaria. El Concilio ha puesto acentos nuevos en la doctrina tradicional, que alcanzan un punto de singular interés en un conocido pasaje de *Gaudium et spes*: «*Dominus Iesus, quando Patrem orat ut omnes unum sint... sicut et nos unum sumus, prospectus praebens humanae rationi impervios, aliquam similitudinem innuit inter unionem personarum divinarum et unionem filiorum Dei in veritate et caritate. Haec similitudo manifestat hominem, qui in terris sola creatura est quam Deus propter seipsam voluerit, plene seipsum invenire non posse nisi per sincerum sui ipsius donum*»²².

De enriquecimiento en la fe habla también el Card. Wojtyła cuando se refiere, en el capítulo III de su obra, a la doctrina conciliar sobre el misterio de la Redención: la conciencia de la Redención, escribe, discurre como un ancho río que atraviesa el magisterio del Concilio Vaticano II. Comentando el n. 22 de *Gaudium et spes*²³, que califica de punto clave del pensamiento conciliar, afir-

21. «Dios quiere que el hombre se salve mediante sí mismo, ofreciéndole la participación en la propia vida divina. La revelación al respecto no es solamente una declaración verbal, sino que es una acción particular de Dios en la Trinidad de personas. Esta acción tiene por finalidad llevar al hombre a participar realmente de la naturaleza y de la vida divina (...). *El Dios que salva es el Padre, que quiere salvar al hombre; es el Hijo*, enviado por el Padre para que en Él, mediante la encarnación y su humanización, se realice la renovación de todas las cosas, y sobre todo la adopción de los hombres como hijos de Dios; y es, por último, *el Espíritu Santo*, enviado después que el Hijo hubo llevado a cabo la obra confiada por el Padre (...). El misterio de la divinidad, la Santísima Trinidad, se le plantea abiertamente a la conciencia de la Iglesia no sólo como suprema y completa verdad que la Iglesia profesa acerca de Dios 'en Sí mismo', sino también como verdad sobre la salvación a la que Dios llama e invita al hombre» (*Ibidem*, p. 47).

22. Const. past. *Gaudium et spes*, n. 24.

23. «*Reapse non nisi in mysterio Verbi incarnati mysterium hominis vere clarescit (...). Christus, novissimus Adam, in ipsa revelatione mysterii Patris Eiusque amoris, hominem ipsi homini plene manifestat eique altissimam eius vocationem patefacit*».

ma: «La revelación del misterio del Padre y de su amor en Jesucristo revela el hombre, con la respuesta última a la pregunta ¿qué es el hombre? No podemos separar esta respuesta del problema de su vocación; el hombre manifiesta lo que es aceptando su propia vocación y realizándola. Por medio de Jesucristo, y a través del misterio de la Redención, va continuamente hacia el hombre la intensa corriente de esa fe de llamada en la que el hombre ha de encontrarse a sí mismo y darse cuenta de que es el centro del plan interno del Padre, de ese amor que se ha abierto al mundo. La conciencia de la Redención concierne al hombre en su integridad, y se refiere tanto a su realidad interior como a su situación en el mundo visible»²⁴.

3. *Dinámica interna de la trilogía trinitaria*

El punto de arranque de la Encíclica *Redemptor hominis*, y con ella de la entera *trilogía*, está en unas palabras del evangelio de San Juan, que encierran lo que el Papa denomina «verdad-clave de la fe»: «*Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*» (Jn 1, 14).

«En este acto redentor, la historia del hombre ha alcanzado su cumbre en el diseño de amor de Dios. Dios ha entrado en la historia de la humanidad y en cuanto hombre se ha convertido en sujeto suyo (...). A través de la Encarnación, Dios ha dado a la vida humana la dimensión que quería dar al hombre desde sus comienzos y la ha dado de manera definitiva»²⁵.

24. Cap. III, p. 60.

25. *Redemptor hominis*, n. 1. He aquí otras palabras semejantes, entre tantas como se pueden encontrar en los textos de Juan Pablo II: «El Verbo eterno de Dios se ha hecho hombre: la Verdad y la Vida eterna se ha acercado a nosotros haciéndose vida humana y por lo mismo haciéndose también donación hasta la muerte (...). He aquí, traducida en enseñanza real, la verdad más profunda que le ha sido dada a conocer al hombre respecto a la vida. Cristiano es el que libre y gozosamente imprime a la propia existencia el nuevo ritmo que la venida de Cristo ha dado a la vida humana» (*Discurso durante una audiencia a profesores y estudiantes universitarios*, 14.IV.1981).

En ese párrafo se encierra de manera nuclear el contenido doctrinal de las tres Encíclicas, cuyos hilos conductores —siempre presentes, aunque acentuados de diferente manera conforme al argumento particular que cada Encíclica desarrolla dentro de la *trilogía*— son, en efecto, la Encarnación redentora del Hijo, el misterio del Padre y de su amor y la dimensión trascendente de la persona humana, capaz desde el acto creador de gozar de la Vida divina a través de la acción-donación del Espíritu Santo; en el transfondo, con un protagonismo sin embargo de primer plano, está presente el pecado del hombre. La *trilogía* avanza progresivamente, como por círculos concéntricos formados por el entrelazamiento de esos hilos, hasta llegar a la plenitud de la tercera Encíclica en la que el proceso doctrinal alcanza su vértice²⁶.

26. Esta profunda conexión se encuentra atestiguada en diversos pasajes de las propias Encíclicas, entre los que destacan los dos siguientes tomados respectivamente de *Dives in misericordia* y de *Dominum et vivificantem*. «Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y en correspondencia con las necesidades particulares de los tiempos en que vivimos, he dedicado la encíclica *Redemptor hominis* a la verdad sobre el hombre, verdad que nos es revelada en Cristo en toda su plenitud y profundidad. Una exigencia de no menor importancia en estos tiempos críticos y nada fáciles, me impulsa a descubrir una vez más en el mismo Cristo el rostro del Padre que es «misericordioso y Dios de todo consuelo» (2 Cor 1, 3) (...). El hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo *mediante* la revelación del misterio del Padre y de su amor (...). Por esto mismo, es conveniente ahora que volvamos la mirada a este misterio (...). Si es verdad que todo hombre es en cierto sentido la vía de la Iglesia —como dije en la Encíclica *Redemptor hominis*—, al mismo tiempo el Evangelio y toda la tradición nos están indicando constantemente que hemos de recorrer esta vía (...) tal como *Cristo la ha trazado*, revelando en sí mismo al Padre junto con su amor» (DM, 1). Por otra parte, en la tercera de las Encíclicas que estudiamos, al citar las palabras de San Pablo: «*La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros*» (2 Cor 13, 13), se lee: «De esta exhortación han partido, en cierto modo, y en ella se han inspirado las precedentes Encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*, las cuales celebran el hecho de nuestra salvación realizada en el Hijo, enviado por el Padre al mundo, «para que el mundo se salve por Él» (Jn 3, 17) (...). De esta misma exhortación arranca ahora la *presente Encíclica sobre el Espíritu Santo* (...). Esta Encíclica arranca de la *berencia profunda del Concilio*. En efecto, los textos conciliares, gracias a su enseñanza sobre la Iglesia en sí misma y sobre la Iglesia en el mundo, nos animan a penetrar cada vez más en el misterio trinitario de Dios, siguiendo el itinerario evangélico, patristico y litúrgico: al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo» (DV, 2).

En la primera de las Encíclicas el acento se pone en uno de esos hilos conductores: la Encarnación redentora del Hijo. Y al reflexionar sobre ella son llamados a escena los otros, que comprenderán con él —aportando sus trazos y sus matices propios— un cuadro semejante al que se ofrece en las otras dos Encíclicas: semejante y, al mismo tiempo, diferente porque los elementos son combinados de distinta manera, la textura es otra, el tema dominante nuevo.

Desde el principio, es decir, desde los primeros números de *Redemptor hominis*, el hecho redentor es contemplado no sólo como un misterio revelado en el que se debe tratar de penetrar por medio de argumentos y razones especulativas, sino sobre todo —sin dejar esa dimensión, que la *trilogía*, por otra parte, ha enriquecido ampliamente— como una luminosa verdad de fe en la que está la clave para conocer más hondamente a Dios y al hombre en sí mismos y en su mutua relación. Desde este punto de vista, tan coherente con la doctrina revelada y con la exposición que de ella ha hecho la Iglesia desde el inicio, la consideración actualizada del misterio de la Redención debe ser tenida como el motor capaz de arrastrar la reflexión y la praxis cristianas hacia nuevos caminos de evangelización. Nuevos caminos que pongan de manifiesto ante el hombre contemporáneo el brillo de la Verdad —ignorada todavía por tantos, oscurecida en tantas conciencias cristianas— sobre su condición, origen y destino.

La finalidad última de la *trilogía* es, de manera evidente, la que se acaba de señalar, es decir, la evangelización del mundo contemporáneo, tarea absorbente de su ministerio apostólico que el Papa quiere llevar a cabo mediante una renovación profunda de la Iglesia —siguiendo las orientaciones conciliares—, despertando en ella una nueva conciencia de la Redención. La eficacia del anuncio cristiano en el mundo depende de la presencia operativa en el seno de la Iglesia, es decir, en las conciencias cristianas, de los misterios de salvación. El núcleo del mensaje evangelizador que la Encíclicas proponen a la Iglesia para que ella, en todas sus instancias, sepa presentarlo al mundo es la realidad del amor de Dios al hombre: un amor incondicionado y absoluto por cada persona, cuya primera manifestación fue el acto creador que es ya en sí mismo salvífi-

co, mientras que la Encarnación redentora —a la que se une inseparablemente, como fruto suyo, la donación permanente del Espíritu Santo— es la segunda y definitiva.

Creación y Redención son las dos acciones reveladoras del amor de Dios por la criatura humana, en las que al mismo tiempo se revela la propia intimidad de la Vida divina (la comunión trinitaria) y designio eterno de su voluntad respecto del hombre, que consiste en «la expansión de la inefable comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»²⁷

El concepto bíblico de creación, y por tanto el sentido cristiano que en él se fundamenta, «comporta no sólo la llamada del ser mismo del cosmos a la existencia, es decir, el *dar la existencia*, sino también la presencia del Espíritu de Dios en la creación, o sea, el inicio de la comunicación salvífica de Dios a las cosas que crea. Lo cual es válido *ante todo para el hombre*, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios»²⁸. La Redención, por su parte, es vista por el Papa como el nuevo inicio de esa comunicación salvífica: «un nuevo inicio, ante todo porque *entre* el primer inicio y toda la historia del hombre —empezando por la caída original— *se ha interpuesto el pecado*, que es contrario a la presencia del Espíritu de Dios en la creación y es, sobre todo, *contrario a la comunicación salvífica de Dios al hombre*»²⁹.

La Iglesia, al cumplir con su misión de ser testigo de la Redención³⁰, tiene también la función y el deber de anunciar —a la luz de ese nuevo inicio de la comunicación salvífica de Dios— la realidad y el sentido profundo del inicio originario: de la creación, y en ella de la condición del hombre como criatura amada, por la cual han sido creadas todas las cosas. En la Redención ha sido re-

27. *Ibidem*, n. 11.

28. *Ibidem*, n. 12.

29. *Ibidem*, n. 13.

30. «La Iglesia vive su misterio, lo alcanza sin cansarse nunca y busca continuamente los caminos para acercar ese misterio de su Maestro y Señor al género humano (...). La Iglesia permanece en la esfera del misterio de la Redención, que ha llegado a ser precisamente el principio fundamental de su vida y de su misión» (RH, 7).

novada la creación conforme al designio originario de Dios: en Cristo se revela de modo nuevo la verdad fundamental acerca de las cosas creadas: su bondad. En El, el mundo creado para el hombre y sometido a vanidad por el pecado del hombre adquiere nuevamente su vínculo con la Sabiduría y el Amor de Dios³¹, porque la acción redentora alcanza a lo más profundo de la creación, es decir, al corazón humano y lo llena de luz: esclarece su misterio, le muestra la sublimidad de su vocación.

«La redención del mundo —ese misterio tremendo del amor, en el que la creación es renovada³²—, es en su raíz más profunda ‘la plenitud de la justicia’ en un Corazón humano: en el Corazón del Hijo Primogénito, para que pueda hacerse justicia de los corazones de muchos hombres, los cuales, precisamente en el Hijo Primogénito, han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios³³ y llamados a la gracia, llamados al amor. La Cruz sobre el Calvario, por medio de la cual Jesucristo —Hombre, hijo de María Virgen, hijo putativo de José de Nazaret— ‘deja’ ese mundo es al mismo tiempo una nueva manifestación de la eterna paternidad de Dios, el cual se acerca de nuevo en El a la humanidad, a todo hombre, dándole el tres veces Santo ‘Espíritu de verdad’»³⁴.

Con su acción redentora Cristo satisface al amor del Padre, a su paternidad manifestada en la creación del hombre y rechazada por éste al romper por el pecado su relación de amistad con Dios. En ese sentido, como acabamos de leer en una expresión profunda, «la cruz es una nueva manifestación de la paternidad de Dios», es la revelación definitiva del *misterio del Padre y de su amor*³⁵, en la que es también revelada la dignidad del hombre y *la sublimidad de su vocación*³⁶.

En la fórmula *misterio del Padre*, manifestado plenamente en la Encarnación redentora del Hijo, está contenida sintéticamente

31. *Ibidem*, n. 8.

32. Cfr. *Gaudium et spes*, n. 37; *Lumen gentium*, n. 48.

33. Cfr. Rom 9, 29s; Ef 1, 8.

34. RH, 9.

35. *Gaudium et spes*, n. 22.

36. *Ibidem*.

todo el conocimiento de la intimidad trinitaria que posee la Iglesia. La revelación del misterio del Padre en el Hijo es la mostración de que la Vida trinitaria está constituida por relaciones de paternidad y filiación en una mutua espiración de amor que a ambas se refiere y de ambas se distingue: la comunión trinitaria es la Unidad de Tres en el amor y en la donación. En el misterio revelado del Padre nos ha sido mostrada la profundidad de la íntima Vida divina, y en la donación del Hijo *propter nos homines et propter nostram salutem* —Hijo que es el Amado del Padre en el Espíritu Santo, Aquél en quien se complace, la Persona a la que se dirige y en la que se expresa exhaustivamente su paternidad: por Quien el Padre es Padre— ha sido manifestado en plenitud el misterio de su amor por el hombre. En la donación del Hijo se nos ofrece, en efecto, no sólo la vía para conocer la Vida de Dios, sino también la realidad del hombre como criatura amada, creada para Dios, destinada a esa Vida. Y destinada no sólo como persona amada —ésta es su vocación originaria y la razón más alta de su dignidad, como dice el Concilio³⁷—, sino como hijo amado en el Hijo. De ahí que la comprensión del misterio del hombre —su origen y su destino— esté, como enseña la Iglesia y con tanto énfasis subrayan estas Encíclicas, en una más profunda intelección de la Vida divina revelada en la donación redentora de Cristo³⁸.

37. «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó y por el amor de Dios que lo conserva. Y sólo puede decirse que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía plenamente a su creador» (*Gaudium et spes*, n. 19).

38. Por eso la reflexión teológica sobre la fe trinitaria —que comprende inseparablemente el misterio de Dios en sus Personas y su amorosa donación al hombre— no debe separarse de la reflexión sobre el hombre. Hemos de conocer al hombre desde Dios y a Dios desde el hombre, es decir, a ambos en y desde Cristo, en Quien ha quedado desvelado al mismo tiempo *el misterio del Padre* (la Trinidad en la Unidad del Amor) y *el misterio de su amor* (el misterio del hombre como hijo amado). «Mientras las diversas corrientes del pasado y presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia, en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del magisterio del último Concilio. Si, pues, en la actual fase de la historia de la Iglesia nos proponemos como cometido preeminente *actuar la doctrina* del gran Con-

Conducirnos a ese conocimiento y a su realización práctica —que es al mismo tiempo el camino por el que debe discurrir la evangelización del mundo contemporáneo— es obra del Espíritu Santo. Con gran hondura lo expresa Juan Pablo II en los últimos compases de *Dominum et vivificantem*, en los que la *trilogía* alcanza uno de sus más altos vértices doctrinales.

«La relación íntima con Dios por el Espíritu Santo hace que el hombre se comprenda, de un modo nuevo, también a sí mismo y a su propia humanidad. De esta manera se realiza aquella imagen y semejanza de Dios que es el hombre desde el principio. Esta verdad íntima sobre el ser humano ha de ser descubierta constantemente a la luz de Cristo, que es el prototipo de la relación con Dios, y, en El, debe ser descubierta también la razón de la ‘entrega sincera de sí mismo a los demás’, como escribe el Concilio Vaticano II; precisamente en razón de esta semejanza divina se demuestra que el hombre ‘es la única criatura a la que Dios ha amado por sí misma’ en su dignidad de persona, pero abierta a la integración y comunión social³⁹. El conocimiento eficaz y la realización plena de esta verdad del ser se dan *solamente por obra del Espíritu Santo*. El hombre llega al conocimiento de esta verdad por Jesucristo y la pone en práctica en su vida por obra del Espíritu, que el mismo Jesús nos ha dado»⁴⁰.

Esta verdad sobre el hombre, imagen de Dios en su individualidad y en su comunión social, llamado a realizar su ser personal en la imitación de la mutua donación de las Personas divinas⁴¹, es para la Iglesia «una indicación particularmente fuerte y

cilio. Debemos en consecuencia volver sobre este principio con fe, con mente abierta y con el corazón (...). La apertura a Cristo, que en cuanto Redentor del mundo ‘revela plenamente el hombre al mismo hombre’, no puede llevarse a efecto más que a través de una referencia cada vez más madura al Padre y a su amor» (DM, 1).

39. Cita la Encíclica al respecto los nn. 24, 25, 38 y 40 de *Gaudium et spes*.

40. DV, 59.

41. «Dios en su vida íntima es ‘amor’, amor esencial, común a las tres Personas divinas. El Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo (...). Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios Uno y Trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios ‘existe’ como don. El Espíritu Santo es,

determinante de sus propias tareas apostólicas»⁴². Parte fundamental de dicha tarea es sin duda —y en esto Juan Pablo II ha marcado con firmeza el camino a seguir— anunciar incansablemente la doctrina antropológica cristiana⁴³, darla a conocer con un renovado esfuerzo teológico y traducirla a esquemas pastorales respetuosos pero no temerosos de las circunstancias culturales. Pues, «cuando, bajo el influjo del Paráclito, los hombres descubren esta dimensión divina de su ser y de su vida (...) son capaces de *liberarse de los diversos determinismos* derivados principalmente de las bases del pensamiento, de la praxis y de su respectiva metodología. En nuestra época estos factores han logrado penetrar hasta lo más íntimo del hombre, en el santuario de la conciencia, donde el Espíritu Santo infunde la luz y la fuerza de la vida nueva según la libertad de los hijos de Dios»⁴⁴.

Siguiendo los hilos conductores a los que nos referíamos más arriba, cuya concatenación forma la estructura de la *trilogía*, el pensamiento de Juan Pablo II se extiende a precisar unas consecuencias apostólicas («tareas apostólicas» como hemos leído), que son al mismo tiempo la base de partida y la meta a conseguir por la Iglesia en su tarea de anunciar el Evangelio. Mostrar a Cristo, Redentor del hombre, anunciar el misterio del Padre y de su amor, proclamar el Don del Espíritu Santo, es también como consecuencia para los cristianos ser «*testigos de la auténtica dignidad del hombre*» y colaborar con sus hermanos —no de cualquier modo, sino «como discípulos de Cristo»— «a realizar y valorar todo lo que el progreso actual de la civilización, de la cultura, de la ciencia, de la técnica

pues, la *expresión personal* de esta donación, de este ser-amor. Es Persona-amor. Es Persona-don. Tenemos aquí una riqueza insondable de la realidad y una profundización inefable del concepto de persona en Dios, que solamente conocemos por la Revelación» (*Ibidem*, 10).

42. *Ibidem*, 59.

43. Una profunda descripción de ella son estas palabras del n. 59 de *Dominum et vivificantem*: «Teoría y praxis, fundada en el Evangelio, en la cual el hombre, descubriendo en sí mismo su pertenencia a Cristo, y en El la elevación a 'hijo de Dios', comprende mejor también su dignidad de hombre, precisamente porque es el sujeto del acercamiento y de la presencia de Dios, sujeto de la condescendencia divina en la que está contenida la perspectiva e incluso la raíz misma de la glorificación».

44. *Ibidem*, 60.

y de los demás sectores del pensamiento y de la actividad humana, tiene de bueno, noble y bello»⁴⁵.

La nueva evangelización —ésta podría ser una de las conclusiones que se derivan de las tres Encíclicas trinitarias— pasa por una renovación de la comprensión del misterio revelado de Dios y en él del misterio del hombre. Ha quedado abierto un importante campo de reflexión para la teología que haya de nutrir la acción pastoral de la Iglesia en los años venideros.

A. Aranda
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

45. *Ibidem.*